

ARRECIFE, DE BLANCO



Hasta hace pocos años, Arrecife era un pueblo blanco, de calles estrechas que no iban a dar a la mar. Entonces, las casas se cerraban a los callejones y se abrían al cielo: los patios absorbían la luz como una planta. Fuera, el viento rebotaba en las esquinas, levantaba las amplias faldas y hacía correr el polvo. Dentro, la vida llevaba un ritmo lento, de pausa entre dos sombras. Así, desde antes de 1500. Un pueblo de pescadores con castillos -dos- para defenderse de piratas y desmanes. De historia pequeña, dramática en su simplicidad. No tocado por la lava -negra y roja- que embellece, con trágica belleza, los campos de la isla: hambres, penurias, júbilos a veces, rogativas a San Ginés y una terca voluptad para subsistir: más o menos lo que ha acontecido durante casi cinco siglos a todos los pueblos de todas las islas nuestras.

Arrecife se arremolina en torno a un charco de aguas quietas, frente a unos islotes, entrando en el mar el brazo del muelle viejo. Allí arriban llevándose los productos de la isla: cebada o vinos, cochinilla o salazones, dependiendo la mercancía de la época y la demanda. Y según sea ésta y aquélla buena o mala es el bienestar, bueno o malo, de la gente de Arrecife.

Como todos los pueblos litorales de las islas, Arrecife teme y ama al mar, pero no lo goza. La gente del pueblo, es cierto, se baña alguna vez en la playa del verano. Su entrega al mar es en ese tiempo como un ejército de rito. Porque el mar es sólo el que dispensa y quita la vida. La subsistencia de muchos depende de que el mar se muestre pródigo. Y muchas mujeres se han cerrado de negro porque el mar se quedó con algo que les pertenecía a ellas. El mar, como placer, es un descubrimiento reciente y de foráneos: gente que viene a depositar en la arena el cansancio de Europa. En este descubrimiento está el comienzo de la transformación de Arrecife.

Hasta hace poco un pueblo pequeño, cerrado -y a la vez vigilante- al mar. Ahora, un pueblo que ha comenzado a crecer con impulsos

distintos a los habituales estira y encoge de su historia. De pronto, la gente descubre el sol y el mar, y llega. El pueblo se ensancha, y sube. Los nativos tienen otra cara, el dinero corre más aprisa y fácilmente. Se olvida casi un antiguo régimen de vida, y se adopta otro más cómodo. Hay hoteles, comercios, espectáculos... El progreso de Arrecife es evidente. Se gana terreno al mar y se construye una avenida; un nuevo puerto sustituye al viejo; a dos pasos, el aeropuerto se amplía hasta cuadruplicar la capacidad del anterior. Ya no se emigra. La población ha crecido: veinte mil habitantes pisan las calles de Arrecife -que siguen siendo estrechas, y algunos miles más, forasteros.

La euforia cubre, por supuesto, algunos problemas, no del todo resueltos. En Arrecife se levantan casas de



cinco pisos en calles de poco más de tres metros de anchura (si dos coches se

cruzan es preciso subir a la acera para continuar la marcha); los forasteros no sólo han traído consigo su dinero, también algunas de sus lacras. Para atender al turismo, se ha abandonado hasta cierto punto otros menesteres, la pesca y la agricultura especialmente.

¿Es esto bueno? Digamos que no, ante todo porque la atención a los medios de vida tradicionales y a los nuevos debe ser llevada parejamente. Un buen acuerdo entre el pasado y el presente suele ser la mejor garantía para un sólido futuro. Pero, claro, éste es siempre un riesgo; los hombres de la isla lo saben bien, por experiencia.

La incongruencia de la edificación excesiva ocurre sólo en el casco antiguo de la ciudad. Barrios que, a nuestro juicio, deben ser respetados íntegramente; y no sólo para evitar el problema anterior, sino también en obsequio a la singular belleza arquitectónica de muchas de sus construcciones, una muestra concreta del buen juicio del



pueblo al contruir sus zonas de hábitat. La parte nueva, que se extiende hacia Los Mármoles, hacia Tahiche, hacia la playa, se va levantando de acuerdo con programaciones actuales, aunque -al parecer- la inevitable especulación constriña la proliferación de espacios verdes y abiertos. Estos están mayoritariamente

lava volcánica, dispuestas en montículos de variadas formas. El negro y el rojo contrapuntean el verde de la flora tropical y el blanco de los parterres. Unos colores elementales: los colores de la isla.

Arrecife, entre el viento, el sol y el mar, prosigue. Su vida cultural se polariza en

frente, el local donde ensaya la parranda de "Los Buches"; un poco más arriba, un cafetín donde puede beberse el mejor vino de las viñas volcánicas de Lanzarote. Al atardecer, la gente joven se deja caer por estos andurriales; entre vaso y vaso, se habla: de fulano, de mengano, de fútbol, de televisión, de política.



localizados en la Avenida Marítima. En dicha avenida, que bordea casi todo el litoral de Arrecife, se alzan algunas esculturas de sugestivo encanto: una, titulada "Barlovento", es original de César Manrique; está hecha aprovechando la chatarra de un viejo barco, convenientemente adecuada por el escultor para conseguir una función estética; esa cultura es también conocida como "Homenaje al marino"; nada mejor que las emmohecidas ruinas de una embarcación para rendir tributo al hombre de la mar. Otras esculturas han sido realizadas -no sé por quién- aprovechando las inverosímiles formas de la

el Casino, en algunas sociedades de recreo y, desde hace poco, en "El Almacén", un conglomerado de artes y negocios donde igual puede verse la representación de una obra de teatro experimental que comprar el detalle más frívolo de un atuendo "lib", tomar unas copas en el bar que lleva el nombre de Picasso o contemplar unos cuadros en la sala de exposiciones nombrada "El Aljibe". El conjunto está instalado en una vieja Casona del siglo pasado, con un patio esplendido, ni imaginada tramoya de teatro. En esa casa estuvo albergada la Escuela de Artes y Oficios; frente por

Arrecife, en el fondo, pese a los cambios, no ha perdido el ritmo de su vida: la gente sigue teniendo el mismo sentido criticista, indicio elocuente de la sana vitalidad de un pueblo.

Con el sol arriba, Arrecife destella la blancura sobre un fondo ocre de montañas. De noche, el blanco parece fulgurar la luz diurna, retenida en la esencia de su cal. En la esquina, la farola cobija del viento a una tibia luz.

Decididamente, las calles, en Arrecife, no van a dar a la mar.

L. S.